

RECIBIDO / RECEIVED

7 de junio de 2021

ACEPTADO / ACCEPTED

8 de junio de 2021

La disputa del pasado. España, México y la leyenda negra

Autor / Author

LAMO DE ESPINOSA, Emilio

Editorial / Publishing company

TURNER, Madrid 2021

Con motivo de la última oleada de iconoclastia, cuando bandas de bárbaros disfrazados de puritanos —o, simplemente, bárbaros puritanos— se lanzaron contra las estatuas de Colón y fray Junípero, nos preguntamos si no tendría «más sentido destacar, como hizo, desde 1917, Herbert Bolton y los estudiosos que han seguido su estela, la heterogeneidad de orígenes que cabe rastrear en la configuración de Estados Unidos: españoles, europeos, africanos, orientales, cristianos, judíos, musulmanes... Configuración que, por supuesto, ha sido violenta, conflictiva, difícil, pero, al mismo tiempo, grandiosa, enriquecedora y, si no ejemplar, ejemplificante, como lo ha sido la historia de España, de la Gran Bretaña, de México, el Japón o, por supuesto, los países del llamado Tercer Mundo, donde, no olvidemos, tampoco viven ángeles. Echar la culpa a Colón, o peor, a un estereotipo que de él nos hemos fabricado, de los problemas estructurales de la sociedad estadounidense actual resulta sorprendente, pero, en modo alguno, es inocente ni generoso».

La lectura del libro que, bajo la coordinación de Emilio Lamo de Espinosa, acaba de publicar Turner, *La disputa del pasado*, nos devuelve al mismo tema: las interesadas interpretaciones que, con demasiada frecuencia, se presentan de la historia de México, España y, en su conjunto, América.

Como toda obra colectiva es heterogénea y desigual. El mismo coordinador reconoce la diversidad de sensibilidades y procedencias que contiene y, probablemente no del todo sincero, se pregunta si el resultado será, por lo mismo, más griterío que melodía. Sin duda, unos capítulos me resultan más interesantes que otros, pero en su conjunto la obra merece ser leída, como se hace, de corrido y meditada, con tiempo, porque la problemática que presenta es amplia y decisiva.

Solo incluiré unas anotaciones sobre este libro para dar cuenta de esta encarecida recomendación: léanlo.

La obra, en último término, parte de una convicción difícilmente cuestionable: las políticas sobre la memoria solo esconden —si puedo utilizar esta expresión— un esfuerzo descarado de propaganda política. En definitiva, escribe Lamo de Espinosa, «manda quien pone nombre a las cosas y de eso se trata: de mandar». Al comenzar este año 2021, Carlos Malamud reflexionaba en cierto modo sobre lo mismo: la interesada falsificación histórica (*El sueño de Bolívar y la manipulación bolivariana*, Alianza, Madrid, 2021).

Los que mandan, los que quieren mandar o los que quieren seguir mandando buscan destruir realidades que no entienden o que les asustan; buscan compensar un presente bochornoso y disimular la responsabilidad que en él puedan tener interpretando de forma maniquea la destrucción de un pasado idealizado, y buscan, por medio de la construcción de espantajos y chivos expiatorios, movilizar las frustraciones de sectores sociales marginados, ninguneados y despreciados muchas veces por ellos mismos.

En un juego, nada inocente, de manipular la memoria y el olvido, se habla de genocidio, ignorando —vuelvo a escribir Lamo de Espinosa— que «si no hubo intención no hubo genocidio, así de simple»; se pretende negar la condición occidental de América Latina; se responsabiliza de su situación actual a una lejana época, la virreinal, que se ignora casi por completo; se cae en el más bochornoso racismo y se peca, una y otra vez, de la peor soberbia.

Cuando pocas cosas son más dañinas que la ignorancia histórica, «casi podía decirse —vuelvo a citar al coordinador del libro— que Occidente, que ha perdido la ilusión del progreso y del futuro, en el que no se ve potencia que arrastre e ilusione, se ha volcado sobre el pasado y, más que preparar el futuro para nuestros hijos y nietos, pretende solucionar las querellas de nuestros abuelos». Tras este punto de partida que proporciona la introducción de Lamo de Espinosa, se suceden siete trabajos firmados por Mariano F. Ríos Saloma, Tomás Pérez Vejo, el propio coordinador de la obra, Luis Francisco Martínez Montes, José María Ortega Sánchez, María Elvira Roca Barea y Guadalupe Jiménez Codinach.

Mariano F. Ríos Saloma, pese a contar cosas conocidas hace ya tiempo por los historiadores, no deja de ser brillante. Insiste en el protagonismo indígena en la conquista; más incluso, el protagonismo de la heterogeneidad cultural y política de los pueblos indígenas en la conquista, no de América —que es una realidad que será construida lentamente desde 1492—, sino de la pluralidad de territorios y soberanía que en ella competían antes de la llegada de los europeos. Si por un lado hay que hablar de pueblos indígenas, por otro, recordando las aportaciones de José Luis Martínez, Carmen Martínez Martínez, Bernard Grunberg, Federico Navarrete, Mathew Restall o Camilla Townsend, insiste Ríos Saloma en lo que de insostenibles tienen las imágenes clásicas de los conquistadores y el proceso conquistador.

Cabe concluir así el fracaso de los historiadores profesionales, que «no hemos sabido transmitir a un público más amplio las nuevas interpretaciones sobre la conquista y, en consecuencia, no hemos logrado que nuestra sociedad supere la visión nacionalista» (Ríos Saloma) y la necesidad de abandonar esta perspectiva nacionalista por los males morales y políticos que ha engendrado y por la incapacidad científica que ha demostrado. La visión de la conquista, la fabricada en México y la fabricada en España, es fruto de los nacionalismos del siglo XIX

y, más lamentablemente, del xx, pero si ni España ni México existían en el siglo xvi, España no conquistó México y, otra vez, es así de simple.

Tomás Pérez Vejo, autor de uno de los libros más interesantes que sobre la historia de América se han escrito en los últimos años, *Elegía criolla* (México, Tusquets, 2010), desarrolla una brillante reflexión sobre el hecho virreinal. Niega, como hace muchos años lo hizo Ricardo Levene, que las Indias fueran colonias, no porque *España* colonizara mejor que la Europa del siglo xix. Es algo mucho más profundo: no tiene sentido hablar de colonias y metrópoli en un sistema político basado en la condición de súbdito, no en la de ciudadano, y en el que, como consecuencia, no existen intereses nacionales sino dinásticos. Las tierras americanas fueron reinos durante los tres siglos que estuvieron unidos a la Corona de España. Los nombres son importantes, pero la realidad que esconden va mucho más allá: los territorios americanos superaban ampliamente a la *metrópoli* en tamaño, riqueza, población, presencia política y —asumámoslo— cultura. América (y menos todavía, México) no fue periferia de nada; México fue «mucho más metrópoli que Madrid» (Pérez Vejo).

No se limita a afirmarlo. Pérez Vejo insiste en que, sobre todo en el Bajío, en el siglo xviii ya se había dado lo que Jan de Vries denominó la «revolución industrial». Si este la limitó a Holanda, al sur de Inglaterra, al norte de Alemania y al este de Estados Unidos, probablemente lo hizo teniendo en cuenta la evolución posterior de estos territorios y no sus características originarias. Habla también Pérez Vejo de la profunda cultura mexicana virreinal, tantas veces absurdamente presentada como un apéndice del barroco español, o, con acierto, de las expediciones científicas dieciochescas que no cabe ver como campañas emprendidas desde España para explorar la desconocida América, sino como proyectos alimentados desde las dos orillas del océano.

Teniendo todo esto en cuenta —y hay que volver a recomendar *Elegía criolla*— es importante continuar profundizando en el estudio del colapso de la monarquía a comienzos del siglo xix, proceso de importancia fundante para explicar tanto el desarrollo del discurso nacionalista americano, que se ve obligado a hablar de *colonias* para legitimar a las repúblicas nacientes, como la frustración de no pocas de las posibilidades que sustentaba el desarrollo americano del siglo xviii. Realmente, la decadencia de América y la de España no precedieron a la independencia de la primera.

En el tercer capítulo del libro Emilio Lamo de Espinosa se pregunta a quién le interesa y por qué la expulsión de lo hispano del espacio cultural de Occidente. A quién le interesa y desde cuándo. Nos recuerda que, al contrario que Samuel P. Huntington, Arnold J. Toynbee nunca consideró que lo hispano no formara parte de la civilización occidental; era su frontera.

Lamo de Espinosa, a partir del trabajo de Mónica Quijada, insiste en la reivindicación de América Latina por parte de la intelectualidad americana no frente a lo hispano sino como reconocimiento de la raíz clásica de su cultura; «lo hispano (o lo luso) no es sustancialmente distinto de lo latino» (Lamo). En su mayoría los otros autores del libro rechazan el término Lati-noamérica, asociándolo al éxito de una interesada tradición cultural francesa, pero no creo acertado ignorar, sin más, la intención de aquellos que la usan; la tradición en la que pretenden

arraigarse, aquella que lleva de los griegos, de su idea de la libertad, a la comunidad de lo humano; aquella que hace del encuentro personal con la divinidad el núcleo de su religiosidad.

No menos decisiva es la reflexión final de Lamo de Espinosa: la traslación del eje histórico del Atlántico al Pacífico impone como necesidad fortalecer y cohesionar lo occidental sobre sus tres pilares: la vieja Europa y las dos Américas, un sistema basado en una tradición cultural que cabe identificar con la defensa de una forma de libertad o, sin más, de la libertad. Lo contrario es suicida. Al enfrentarnos sin recursos intelectuales ni morales al tsunami de *desoccidentalización* solo alienta repliegues defensivos como el Brexit, el *trumpismo* y otros tantos populismos conservadores, no menos peligrosos que los de aquellos que se presentan como una nueva izquierda.

Tras estos tres trabajos, otros tres incorporan una serie de miradas en torno a nuevas formas de *leyenda negra*: María Elvira Roca Barea reflexiona sobre la imagen estadounidense de la California hispánica; José María Ortega Sánchez insiste en la imagen negativa de los hispanos en Estados Unidos y Luis Francisco Martínez Montes expone la versión *whig* de la modernidad occidental, una ideología al servicio de ciertas potencias que ha tenido en Fukuyama, Huntington y Ferguson a sus últimos representantes, tan exitosos por su popularidad como fracasados si consideramos la escasa solidez de sus tesis.

Por último, y a modo de conclusión, Guadalupe Jiménez Codinach reflexiona sobre lo escrito en el resto del libro. Desde una sólida trayectoria profesional, en estrecha relación con el mundo anglosajón, insiste en la capacidad de la Historia como soporte de la libertad y en el rechazo radical al *presentismo*. Lo hace, además, citando a sus maestros, significativamente, anglosajones: Lynch y Elliot. Un texto delicioso, lleno de anécdotas riquísimas, entre las cuales no puedo ignorar dos por la importancia de sus protagonistas.

Cuando la profesora Jiménez Codinach, desde el profundo conocimiento de su oficio, hace ver a Octavio Paz los graves errores contenidos en algunas de sus afirmaciones históricas, el más internacional de los escritores mexicanos le responde: «¡Ay, Mihita! Pero yo no voy a ir a ningún archivo». Cuando le plantea el mismo problema a Carlos Fuentes —el autor que, en *La región más transparente*, plasmó mejor que nadie el mundo urbano latinoamericano—, responde este: «Mira, los historiadores tienen que probar todo, yo no tengo que probar nada». Sí. Es la soberbia del intelectual, la barbarie del especialista, quizás algo también de conveniencia interesada, pero, sobre todo, es el fracaso de la historiografía profesional en su esfuerzo por hacerse escuchar, es el drama de una tradición cultural vuelta de espaldas y es una terrible limitación para enfrentarnos desde Occidente al porvenir. Por todo ello vale la pena una detenida reflexión sobre este libro: *La disputa del pasado*. ■

GÓMEZ DÍEZ, Francisco Javier

Universidad Francisco de Vitoria